

“ULTIMO DIA DEL DESPOTISMO Y PRIMERO DE LO MISMO”

EL desierto queda atrás. La corriente de Humboldt, al alejarse de la costa, es la causante del milagro. El polvo, las dunas y las piedras, los pequeños oasis surgidos como por arte de magia en las riberas de los ríos, adquieren los borrosos contornos del recuerdo. Aparece un banano aislado, entre una multitud de palmeras. Luego, como si aquella planta fuera una fórmula con poderes de hechizo, comienzan a surgir bananos por todas partes. Pronto el paisaje se cubrirá de una sola presencia. Y, con ella, adquirirá fuerza un elemento estadístico: estamos en el Ecuador, primer país bananero del mundo. Alrededor de Machala, en hileras simétricas o desordenadamente, los bananos ocupan todo el terreno abarcado por la vista, hasta perderse en el horizonte. En otro tiempo, por la zona merodeaban los sabuesos de la United Fruit. Pero su presencia fue efímera. Un día dismantelaron sus latifundios de Tenquel y se marcharon a lugares más cercanos a los centros de consumo de la metrópoli.

A veces, entre los bananos des-punta la silueta abigarrada del caucho. Los dos ciclos agrícolas más importantes de la historia ecuatoriana se superponen en aquellas tierras, creando conjuntos pletóricos de significado. El banano creció allí donde su predecesor entró en decadencia. Pero la causa de esta decadencia no hay que buscarla en el propio suelo ecuatoriano. La historia del Ecuador, como la de tantos otros países salidos del colonialismo para caer en el mismo, está marcada por decisiones tomadas al Norte de Río Grande.

El terreno es llano. Más allá, detrás de los bananos, el caucho y la balsa —árbol espigado de madera muy liviana, que se utilizaba durante la segunda guerra mundial para la fabricación de aviones—, crece la caña de azúcar. Alrededor de Milagro, en la provincia de los Ríos, tres ingenios totalizan 100.000 hectáreas. Es el lugar de mayor concentración laboral del Ecuador.

Pero el paisaje, aun cuando en algún momento parezca remitir a la noción de lo inmutable, termina por transformarse. Los árboles se distancian. Aparece una fábrica, una urbanización, el espectro lejano de un rascacielos. Entramos en



La historia del Ecuador, como la de toda Latinoamérica, está llena de “booms”: cascarrilla, caucho, cacao, banana...

Guayaquil, la ciudad más poblada del Ecuador y su centro comercial e industrial más importante. El 60 por 100 de las industrias ecuatorianas están radicadas allí. Pero no bastan para absorber la inmensa cantidad de emigrantes que afluyen a la ciudad desde todos los rincones del país. Emigrantes que pasan a engrosar las filas de un subproletariado acuciado por la necesidad de ingeniarse cada día

Sobreviene la niebla. Cuando se disipe, el verde habrá dejado de ser el color dominante del paisaje. Estamos en época de cosecha. El trigo se extiende a ambos lados de la carretera, siguiendo las ondulaciones del terreno. A veces, los rectángulos resplandecientes no hallan continuidad. Manchas negras quiebran el homenaje de la Naturaleza al viejo dios de los incas. En el seno de estas man-

cha (que en quechua significa “lago de sangre”), rememora la matanza de los autóctonos a manos de los invasores. Matanza que se reprodujo al cabo de cincuenta años, cuando el conquistador español entró a sangre y fuego, aniquilando los heroicos batallones de Rumiñahui.

Hoy los españoles ya no dominan los destinos del Ecuador. Pero no por ello los ecuatorianos son libres. Desaparecido (o, mejor, camuflado) el fanático ejemplar celtibérico, llegó la Bestia Rubia. Las zonas residenciales de Quito son hoy un hervidero de “gringos”, que comparten el espacio vital —y el botín— con una de las burguesías más retrógradas, racistas e incultas del Universo. Quito se ha convertido en una nueva tierra prometida. Relativamente cerca de la ciudad, al pie de la cordillera, comienza la selva: un caos primigenio, símbolo de las tinieblas originales para el inca, pero que encierra en su seno la piedra filosofal del mundo moderno. “Las reservas petrolíferas del mundo se agotarán un día. Cuando esto suceda, una región abastecerá las necesidades de la Tierra: el Oriente ecuatoriano”. Al ritmo de estas palabras, pronunciadas por un téc-

Carlos Trías

el modo de sobrevivir hasta la noche. En esta clase social, particularmente sensible al mesianismo, encontró el populismo velasquista su principal punto de apoyo.

Pero también Guayaquil queda atrás. Y queda atrás la península de Santa Elena, donde se alternan, como símbolo de la unión inquebrantable entre la oligarquía nacional y los monopolios imperialistas, las playas de moda y los pozos de la Anglo (léase BP). Desaparecen los ceibos, y termina por disiparse el recuerdo de una hacienda cafetera —la Coffea Robusta—, cuyo propietario es hoy vicepresidente de los Estados Unidos.

El autobús comienza a subir las primeras rampas de la cordillera.

chas germinan las patatas, alimento básico del pueblo serrano.

Familias enteras trabajan en el campo, evocando el modo de producción precolombino, cuando toda una comunidad marchaba a cultivar las tierras del Sol o del Inca. Reaparecen los ponchos: rojos en Riobamba, azules en Otavalo, negros entre los salsacas, quienes todavía guardan luto por la muerte del último inca. A la izquierda de la carretera, el Chimborazo se oculta bajo la niebla. Más adelante aparecerán las nevadas cumbres del Cotopaxi.

Huachina Capac incorporó estas tierras al Imperio Inca tras vencer una formidable resistencia. Al Norte de Quito, un lago, el Yahuarco-



Resaquean los ponchos: rojos en Riobamba, azules en Otavalo, negros entre los shiwasos, quinines todavía guardan, lita por la muerte del último indio.

nico norteamericano en 1968, un ejército de ejecutivos, capitalistas, banqueros, misioneros y comerciantes ha invadido el país, estableciendo su cuartel general en Quito, desde donde maneja los fabulosos negocios del Oriente. Fabulosos, claro está, para las transnacionales: sus sirvientes, acólitos y gendarmes, pero no más que un sueño —o, mejor, una pesadilla— para el pueblo ecuatoriano.

QUITO: BALUARTE DE LOS CONSERVADORES

La independencia del Ecuador, como la de toda Latinoamérica (salvo Haití), no fue producto de una insurrección popular, sino de unas acciones de armas promovidas por las oligarquías criollas contra la corona. Hidalgo y Morelos se sublevaron en México, arrastrando tras de sí un ejército

de indios y mestizos, dispuestos a recuperar por las armas las tierras de sus antepasados. Pero este levantamiento, como el de Tupac Amaru en el Perú, fue aplastado por la corona, con el apoyo incondicional de las propias oligarquías que se emanciparán poco después. A la vista de estos precedentes, las masas desposeídas no podían hacerse muchas ilusiones. "Último día del despotismo y primero de lo mismo". Para el pueblo, todo se resolvió en un cambio de bandera.

Y, sin embargo, hubo transformaciones importantes. La eliminación de las trabas al comercio exterior creó las condiciones para que la economía, orientada hasta entonces hacia el consumo doméstico —cultivo de cereales, artesanía, industria textil—, se convirtiera, con el correr de los años, en una economía de exportación. Metamorfosis paulatina que no eliminó en absoluto la sociedad feudal de la sierra, toda vez que los nuevos cultivos se desarrollaron en las zonas vírgenes de la costa.

Pero con la eliminación de las trabas llegaron los productos manufacturados de Inglaterra. Y con ellos se arruinó, como en la región del Curaco, la incipiente industria textil de la Sierra. El bombín de las indias se originó en el símbolo de la penetración de los nuevos años. Y las grandes plantaciones de caucho, primero, y de banano, después, en los siglos viables de un saqueo que hipotecaría por tiempo indefinido la posibilidad de una verdadera independencia política y económica.

El poder económico pasó de la Sierra a la costa. Pero la oligarquía serrana —conservadora, clerical, "hispanica" y feudal— siguió conservando durante muchos años el poder político. Para los serranos, el tiempo se detuvo en la Colonia. El indio se vio obligado a seguir trabajando gratis para su patrón a

cambio de una infima parcela (huascipungo) o del simple usufructo de unas tierras (partido). Y como lo que produce su parcela no le daba para vivir, se endeudaba con el "patroncito", quien tenía en el concertaje (prisión por deudas) su arma más terrorífica.

En este gran sistema de explotación, la Iglesia jugaba —y juega— un importante papel como administradora de opio (así decir, como soporte ideológico del sistema). En la Iglesia quiteña de San Francisco, junto al altar mayor, y bajo un rótulo de neón con su nombre, se veigue la imagen patética del Cristo del Gran Poder. Arrodillada ante ella "una india", con un niño en los brazos, grita entre lágrimas: "Llévame contigo, padrecito. No quiero vivir más". A su lado, un hombre de cuarenta años toca la cruz y se pasa la mano por el rostro, los hombros, el pecho. Una viejecita cruza la escena y, tras hacer una rápida genuflexión, comienza a colocar velas y cirios en todos los altares que encuentra a su paso con gestos mecánicos (rituales) de quien repite la operación día tras día. Fuera, en el atrio —terminado, según la tradición, por el diablo— otra india limpia las botas de un cura blanco.

El pueblo encuentra en la religión la fuerza catártica suficiente para enfrentarse con una realidad opresiva. "Es ella la que calma el vacío de la tierra arrotada con la ilusión de una tierra prometida; la que diluye la imagen del amo rubicundo en la ascética figura del hombre-Dios sufrido; la que convierte al blanco martirizador en la ceremonia momentánea, en objeto de martirio" (1). Pero muchas veces esta válvula de escape no es suficiente. Y entonces entra en escena el alcohol.

Las borracheras del serrano son patéticas, tan patéticas como los

Cristos ensangrentados de la imaginaria quiteña. El indio con el alcohol no sólo se avade; se autodestruye y denigra. Aniquilada su cultura, desposeído de sus tierras, "extranjero en su propio país", acude al aguardiente de caña para acabar de una vez. El Paraíso de las primeras copas se troca a la segunda botella, en la imagen aumentada de sus propias miserias. Sigue bebiendo para ahuyentarla. Y ante la imposibilidad de aliviar la tensión, arramete contra los que le rodean. Pero quienes le rodean no son ni el patrón ni el gringo, sino sus hermanos.

Un día, al atardecer, en un camino vecinal que remonta las laderas del Pichincha, vi a una pareja de campesinos absolutamente ebrios que intentaban arrastrar con una cuerda a un enorme chancho. A veces, llevados por el impulso, se desplomaban y quedaban tendidos en el suelo durante unos segundos. Luego se incorporaban a duras penas y corrían tambaleándose tras el chancho, que se había escapado. Hasta momentos en que más que arrastrar al chancho, eran arrastrados por él. Y proseguían su penosa y obsesiva marcha, hacia adelante y hacia atrás, como unos personajes de Beckett arrojados a la búsqueda de nada, cayendo, reincorporándose y volviendo a caer, esbozando unos pasos en el vacío para terminar regresando siempre al punto de partida, sin poder salir de un círculo estrecho e invisible en el que se desenvolvía su absurda existencia.

Hasta hace poco aparecían anuncios en los periódicos quiteños ofreciendo indios en venta. Hasta hace poco seguían vigentes el huascipungo y el concertaje. Hoy las relaciones de producción capitalistas han terminado por barrer en la Sierra casi todos los resabios feudales (aunque sus reflejos ideológicos todavía perduran). Pero con el huascipungo han desaparecido también infinidad de pequeños propietarios, expulsados de sus tierras por una reforma agraria capitalista, de signo desarrollista y tecnocrático, para la que todo se reduce a un problema de producción. En Ambato, una india, con los brazos en cruz, baila ebria entre las vías del ferrocarril.

ALFARO AVANZA DERRIBANDO CAMPANARIOS

En 1895 estalla la Revolución liberal. Un ejército de mantuyos (trabajadores asalariados de la costa), al mando de Eloy Alfaro, derrota sucesivamente a las tropas conservadoras. Los batallones rebeldes se abren paso hacia la Sierra, derribando todos los campanarios que encuentran en su camino. La ideología anticlerical y capitalista de la costa se opone, con este acto ambicioso, al feudalismo y catolicismo de la Sierra. Pero detrás de este alborotamiento



Bajo la presidencia de Galo Plaza, la United Fruit llegaría a poseer 60.000 hectáreas en la provincia del Oro.

(1) Agustín Cuervo, "El proceso de dominación política en Ecuador".

hay una voluntad de poder. Lo que se dirime en el campo de batalla no son las prebendas eclesiásticas, sino el control del aparato estatal, acaparado hasta entonces por los conservadores. A partir de la Revolución, el poder político pasa a la costa. Pero no al pueblo que hizo la Revolución, sino a la oligarquía que la capitalizó. De hecho, la Revolución no hizo sino ajustar la superestructura estatal a la nueva realidad económica, dominada por la burguesía comercial, los propietarios de plantaciones y la burguesía financiera de la costa.

Realizada la transmisión de poderes, Eloy Alfaro es asesinado. Para la oligarquía costera —beneficiaria de la Revolución—, ese hombre era demasiado peligroso. Su radicalismo podía tener consecuencias imprevisibles. Resultaba más rentable pactar con sus "eternos enemigos" (la oligarquía serrana) y presentar de esta forma un frente común contra el verdadero enemigo: el pueblo. "Burguesía exportadora de productos tropicales, no se decidió a intervenir oportunamente en el agro serrano, que no ofrecía perspectivas para la agricultura de exportación. Clase dedicada a incrementar su riqueza por medio de la usura, ahora tenía menos interés aún en liberar al siervo andino y convertirlo en consumidor, como lo habría hecho una burguesía industrial" (2).

En 1840, veinte años después de la independencia, los comerciantes de Guayaquil compran caucho y cascarilla a los recolectores indígenas para venderlos a los traficantes internacionales. Así nace la burguesía comercial de Guayaquil, sector hegemónico de las clases dominantes ecuatorianas. Más tarde, la cascarilla se transformará en cacao. Y con el cacao aparecerán los propietarios de plantaciones, quienes, por primera vez en la historia del Ecuador, pagarán salarios a sus peones.

Luego le toca el turno al banano. Las transnacionales fruterías, atraídas por mano de obra barata y un gobierno especialmente favorable a los intereses norteamericanos, entran en escena. Es la época en que Galo Plaza, amigo personal de Rockefeller y actual presidente de la OEA, domina los destinos del Ecuador. Bajo su mirada paternal, la United Fruit llegará a poseer 60.000 hectáreas en la provincia del Oro.

Y así, lentamente, alentada por una oligarquía despilfarradora, que no invierte sus descomunales excedentes en la industria, se va forjando la dependencia económica —y política— del país. En 1916, en plena guerra europea, Ecuador exporta un millón de quintales de cacao. Pero tras la ebriedad guerrera, sobreviene el triste momento del "suchaqui". En 1923, las exportaciones descienden a 640.000 quintales. Paralelamente, los precios caen en picado. Y con la crisis, las masas, despo-

seídas de sus migajas, salen a la calle. El 25 de noviembre de 1922 se produce una insurrección popular en Guayaquil. El pueblo, dirigido por la Confederación Obrera del Guayas, desarma a la policía. El Ejército interviene. "Las masas fueron rodeadas, y los soldados realizaron una espantosa carnicería en las calles, en las plazas y dentro de las casas y almacenes... Luego, en la noche, numerosos camiones y carretas se dedicaron a recoger los cadáveres y echarlos a la ría" (3).

Luego vendría la crisis de los años 30. El paro arrojaría sobre la ciudad a cientos de obreros agrícolas y campesinos. Un inmenso subproletariado se formaría a la sombra de la desocupación, amenazando con romper el precario equilibrio existente. Fue entonces cuando apareció el Mesías Prometido, aceptado como mal menor por las clases dominantes ante la necesidad de controlar aquella fuerza social. Durante cerca de cincuenta años, la figura quijotesca de Velasco Ibarra —o su sombra— dominaría la escena política ecuatoriana. El producto político-ideológico que vendía era una muestra compuesta de elementos residuales, extraídos de las doctrinas más dispares y mezclados en el mortero de la demagogia: "Mi ideología es definida: soy liberal-individualista. Pero si el socialismo tiene cuestiones aceptables, benéficas, hay que tomarlas de allí. Si el conservadurismo posee algo que sea conveniente, no debe rechazarse. Ni excluirse tampoco las enunciaciones aceptables del comunismo".

Pero Velasco Ibarra, el líder carismático que se había mostrado tan eficaz en arrastrar a los sectores inorgánicos de la sociedad, se vio incapaz de sostener la embestida de los grupos organizados. Cinco veces subió al poder en olor de multitudes. Y cuatro veces fue derrocado con otros tantos golpes militares. El último de ellos, en 1972, pareció enterrarlo definitivamente. La "Revolución Nacionalista" iniciaba su ambigua senda de reformas, en un momento en que el Ecuador entraba definitivamente en la era del petróleo.

NI BRASIL NI PERU

Año 1971. Diez millones de hectáreas —es decir, más de la tercera parte del territorio ecuatoriano— han sido entregadas a las transnacionales petrolíferas por los gobiernos de Otto Arosemena y Velasco Ibarra. La BP, la Standard Oil de Rockefeller, la Gulf, la Texaco y otras compañías menores imponen su ley en el Oriente, la costa y el golfo de Guayaquil. Este es el panorama —triste panorama— que encuentran los militares al subir al poder.

En el campo, la situación no es menos irritante. Según el censo de 1954, 241 latifundistas poseían la

misma cantidad de tierras —1.600.000 hectáreas— que 328.000 pequeños propietarios. Existían 92.000 explotaciones de menos de una hectárea, 251.000 de menos de cinco. Todo esto en un país donde hay más dinero invertido en cercas para delimitar la propiedad que en maquinaria agrícola.

El petróleo y el agro serán, pues, los dos principales campos de batalla. Pero mientras en materia petrolífera se lleva a cabo una decidida política nacionalista —revisión de las concesiones, fortalecimiento de CEPE (Compañía Ecuatoriana de Petróleos —estatal—), ingreso en la OPEP—, en el campo prevalecen los criterios desarrollistas. El proyecto original de Reforma Agraria, impulsado por el Partido Comunista, es archivado. Cae Maldonado Lince, ministro de Agricultura y perteneciente al sector progresista del Ejército. Y en lugar de aquel proyecto, se inicia una reforma agraria de carácter capitalista que sólo expropia los terrenos no cultivados.

Hoy, de aquellos 10 millones de hectáreas, "sólo" quedan en manos extranjeras 1.300.000. Pero las transnacionales disponen de muchos recursos. No han dado, ni mucho menos, la batalla por perdida. Y al final sus presiones surten efecto: Jarrín Ampudia, ministro de Recursos Naturales y principal artífice de la nueva política petrolera, acaba de ser sustituido, a pesar de ser (o quizá porque lo es) presidente de la OPEP. Lamentablemente, el impulso nacionalista inicial queda neutralizado por un giro paulatino e inexorable hacia la derecha.

Sin embargo, a pesar de estos indicios, todavía no se puede decir con exactitud cuál será el rumbo definitivo que tomará el actual proceso político ecuatoriano. En el seno del Ejército y la Armada hay fuerzas en pugna, entre las que se debate Rodríguez Lara como elemento conciliador. De momento, parece prevalecer el designio desarrollista a la brasileña, aunque sólo a nivel económico. Pues dicho designio no tiene, como en el Brasil, una cobertura política de carácter fascista. Ello se debe, en parte, a la debilidad de la izquierda, que todavía cuenta con escasa capacidad de movilización. La secular combatividad del pueblo ecuatoriano no ha sido capitalizada nunca en términos de liberación. Las insurrecciones populares, cuando no sofocadas a sangre y fuego, han terminado, como máximo, en soluciones populistas. De modo que el régimen de —relativas— libertades políticas todavía no amenaza seriamente al actual sistema de explotación.

Pero ello no significa, ni mucho menos, que el fantasma del fascismo haya sido definitivamente ahuyentado. Los partidos tradicionales de la oligarquía han entrado en crisis. El fracaso de la solución populista ha dejado un gran vacío

que tarde o temprano deberá llenar la izquierda. Ante este hecho, las clases dominantes harán todo lo posible para impedir que se fortalezcán las organizaciones populares. Y, para impedirlo, nada mejor que el fascismo. "Pues el fascismo —como dice Jaime Galarza— no es necesariamente la salida política a la ruina histórica de las clases dominantes más atrasadas, como los viejos terratenientes. Es una necesidad del propio desarrollismo capitalista, dependiente del dominio imperial".

Hoy, en la Universidad Salvador Allende, de Guayaquil, ondea una bandera roja a media asta, en señal de luto por la Revolución que no llegó. Dentro de unos años, esta bandera habrá desaparecido del mástil, o bien ondeará completamente izada, como símbolo de la Revolución que llegó. Pero mientras, el pueblo ecuatoriano seguirá sumergido en la miseria, viendo cómo pasan ante sus ojos, sin que él pueda probarlos, los exquisitos manjares del festín petrolero. De 1.800.000 ecuatorianos en edad de producir, hay más de un millón sin trabajo. Un peón de la construcción gana 1.100 sucres mensuales (menos de 2.000 pesetas), de los cuales 500 desaparecen para pagar un miserable cuartucho en algún edificio ruinoso de la capital. Hay un 90 por 100 de las viviendas sin luz y sin servicios higiénicos. De 677 parroquias esparcidas por todo el país, sólo 17 tienen dispensario médico; 79 poseen una pequeña enfermería de emergencia; el resto, 582, no tienen nada. Con este panorama, es absolutamente lógico que el 30 por 100 de las defunciones sean el resultado de enfermedades curables.

Un día, alguien, en algún lugar, preguntó a una mujer del pueblo: —¿Cómo viven ustedes, señora? La mujer miró a su interlocutor y luego al cielo.

—Nosotros no vivimos —dijo—, solamente duramos.

CRONICA NEGRA DEL PETROLEO

A la salida de Santa Rosa, en las estribaciones de la selva ecuatoriana, hay un extraño letrero al borde de la carretera:

"Aviso al público: De este punto en adelante no existen servicios de gasolineras, hoteles y restaurantes. Recomendamos no continuar".

Sorprende el tono amenazante y gangsteril de la inscripción. O, en todo caso, el que de repente se preocupan por la salud del viajero. Nunca en nuestras incursiones por la selva hablamos encontrado letreros de este tipo. ¿A qué se debe tanta solicitud? La respuesta la hallamos pocos kilómetros más adelante, cuando a un lado y otro de la carretera comienzan a aparecer pequeñas estacas de madera con signos cabalísticos y algunas letras. Letras que de repente

(2) Agustín Cueva, op. cit.

(3) "Breve historia general del Ecuador".

adquieran significado: OKC, Texaco, Gulf... Estamos, pues, en plena zona de explotación petrolera. Santa Rosa —un pueblo que nació a la sombra del oleoducto— es la puerta de entrada a los gigantes latifundios de las transnacionales. A partir de allí impera la ley del dólar. Cualquier precaución es poca para desviar las miradas curiosas de los nacionales.

Pero nadie nos impide avanzar... ni comer, a pesar del letrero, el consabido "seco de gallina" (con arroz y mandioca) en una de las múltiples cantinas que los inmigrantes de la costa han erigido entre una profusión de bananos, papayas y árboles gigantes.

La aguja del altímetro desciende vertiginosamente. En pocas horas hemos pasado de 4.300 metros a poco más de 200. Al fondo de las quebradas, ríos angostos discurren entre un mar de vegetación. Parece como si a la vuelta de la esquina nos fuéramos a encontrar con el mar. Sin embargo, el mar está muy lejos: 3.000 kilómetros en línea recta nos separan de él. Y en su lugar encontramos, no a la vuelta de la esquina, sino al final de un oleoducto que nos ha acompañado durante casi todo el viaje —remontando cerros, salvando ríos, precipitándose hacia los abismos, desapareciendo bajo tierra para reaparecer unos metros más adelante—, la población de Lago Agrio, principal centro petrolero del Ecuador y feudo de la Texaco-Gulf.

A derecha e izquierda de la calle principal, los nombres de los comercios evocan la razón de su existencia: Hotel Oro Negro, Cine Petróleo... Las casas son de madera o de guadua (bambú). Unos pilones las separan del suelo para protegerlas de la humedad. Todo, hasta las propias casas de los técnicos y ejecutivos norteamericanos (prefabricadas), tiene aspecto de provisionalidad. La noción de lo efímero flota en el ambiente, como contrapunto de la prosperidad. "Hoy florezco, mañana decaigo". Es la ley del saqueo.

Actualmente se extraen de Lago Agrio 210.000 barriles de petróleo diarios; es decir, casi la totalidad de la producción ecuatoriana. Esta cifra, una insignificancia si la comparamos, por ejemplo, a los tres millones de barriles diarios producidos por Venezuela, tiene más que nada un valor de referencia. Hay quien dice que el Oriente ecuatoriano producirá algún día cinco millones de barriles diarios. Fantasía o realidad, lo cierto es que dentro de un año la Cayman —otra de las compañías que operan en la selva— iniciará la explotación. Y pasados otros dos años le tocará el turno a la Anglo (BP).

Para Ecuador ha sonado ya la hora del festín. Un festín sustancioso, y posiblemente pantagruélico, en cuya preparación colaboraron activamente los grandes amos del petróleo. El festín, sin embargo, se ha hecho esperar. Durante muchos años, las transnacionales negaron obstinadamente



Aniquilada su cultura, desposeído de sus tierras, "extranjero en su propio país", no es extraño que el indio trate de evadirse por medios artificiales.

la existencia de hidrocarburos en el Oriente ecuatoriano.

"EL ORIENTE ES UN MITO"

En 1937, el dictador ecuatoriano Federico Páez entrega a la Shell diez millones de hectáreas en el Oriente. Según el contrato, la compañía disponía de ocho años para explorar el territorio antes de iniciar la explotación. Once años después, en 1948, la Shell solicita una prórroga, que, naturalmente, obtiene del gobierno de turno. Pero ese mismo año devuelve casi la mitad de los terrenos, con una lacónica explicación: "No hay petróleo". Terrenos que vuelven a sus manos al cabo de unos meses, aunque esta vez compartidos con su eterna rival: la Standard Oil de Nueva Jersey.

¿Qué significan estas maniobras? ¿Qué extraño misterio ocultan? ¿Cómo pueden interesarle a la Shell unos terrenos donde, según ella misma, "no hay petróleo"? ¿Y por qué, si realmente le interesaban, los devuelve al Estado para recuperarlos al cabo de poco tiempo?

Pero la historia no termina en este punto. En 1949, el consorcio formado por los dos gigantes suspende definitivamente las exploraciones y emite un comunicado: "Definitivamente no hay petróleo en el Oriente". Ese mismo año, Galo Plaza, amigo personal de Rockefeller (quien a su vez es el mayor accionista de la Standard Oil), lanza a los cuatro vientos la famosa frase: "El Oriente es un mito".

Pero, ¿era realmente un mito el Oriente?

Para contestar a esta pregunta hay que retroceder muchos años. Porque las incursiones de las transnacionales por la selva ecuatoriana no datan de épocas recién-

tes. Ya en 1920, la misma Standard Oil de Nueva Jersey (bajo una de sus máscaras: la Leonard Exploration Company) consiguió una concesión del gobierno y envió una expedición al Oriente para investigar. Dirigió las operaciones un militar colombiano, el general J. Cicerón Castillo, quien cinco años después editó un libro en Quito con el resultado del viaje. Según él, "las zonas petroleras conocidas en el continente sudamericano son una fracción muy pequeña si su área total se compara con el flanco oriental de los Andes, dentro de la hoya amazónica, que guarda la más valiosa reserva petrolera en el mundo". A continuación enumera una larga serie de lugares donde, de acuerdo a sus investigaciones, hay hidrocarburos. Muchos de estos lugares serían al cabo de los años importantes centros de producción petrolera.

¿Qué conclusión sacar a la luz de estos datos? ¿Cómo explicarse que la Standard Oil desconociera el informe del jefe de una expedición enviada por ella misma? ¿Y a qué atribuir el silencio de los miembros norteamericanos de esa misma expedición? ¿Acaso la Standard Oil sabía perfectamente que había petróleo en el Oriente, pero le interesaba ocultar esta evidencia por algún motivo extraño y misterioso?

De nuevo hay que retroceder muchos años. Y no sólo eso, sino atravesar el Atlántico e internarse por las verdes praderas inglesas. Estamos en 1928. Hendrik Deterding, conocido también como "el Napoleón del petróleo", y artífice de la fusión entre la Royal Dutch (compañía holandesa que controlaba él mismo desde hacía tiempo) y la Shell (inglesa), invita a una cacería en su hacienda de Achnacarry a los representantes

de sus dos principales rivales: la Standard Oil y la Anglo Persian (hoy BP). "El Acuerdo de Achnacarry (al que luego se sumaría la Gulf, la Texaco, la Socony y la Standard de California) llevó a la constitución del gran Cartel Internacional del Petróleo, una especie de 'trust' de los 'trusts'. Los puntos convenidos tenían principalmente relación con el mantenimiento de los precios a escala mundial, el reparto de zonas de influencia, medidas para evitar la superproducción y para combatir las nacionalizaciones dondequiera que se presentaran".

Fijémonos en uno de estos puntos: "Medidas para evitar la superproducción". Y ahora regresemos al punto de partida: ¿había o no había petróleo en el Oriente ecuatoriano? O mejor: ¿mentían o no mentaban las transnacionales cuando afirmaban a bombo y platillo, por voz de sus comparsas, que "el Oriente es un mito"?

Naturalmente, mentaban. Las compañías —y sus comparsas— sabían perfectamente que la selva ecuatoriana ocultaba en sus entrañas un verdadero océano de oro negro. Y si negaban esta evidencia era "para evitar la superproducción" y "mantener los precios a escala mundial". En el gran teatro del botín petrolero, al Ecuador le había tocado en suerte jugar el triste papel de "país reserva".

EL MITO, CONVERTIDO EN REALIDAD

Sin embargo, nada hay en el Universo fijo e inmutable. Y el "statu quo" mundial, a pesar de su nombre, no es una excepción. En 1956 estalla la crisis de Suez y se cierra el canal. El 1 de enero de 1959, Fidel Castro entra en La Habana. Poco tiempo después, Cuba nacionaliza las refinerías de la Jersey, la Shell y la Texaco. Una ola de anti-imperialismo se extiende por el mundo. Al año siguiente se crea la OPEP y se precipitan las nacionalizaciones en el mundo árabe.

Ante estos hechos, para las compañías llega la hora de replantearse la situación. Sus ojos se proyectan sobre regiones vírgenes del planeta. Los países reserva pasan a primer plano. Y la carrera por las concesiones adquiere tonos dramáticos.

En 1957, una vieja conocida de los ecuatorianos, la Leonard Exploration Co., obtiene una concesión de diez millones de hectáreas en el Oriente. En 1961, cuatro millones de hectáreas pasan a manos de Minas y Petróleos, compañía controlada por la Gulf. Pero ese mismo año sube al poder Carlos Julio Arosemena, quien comete la osadía de enfrentarse a los amos del Norte. Imbuido del nacionalismo ambiental, inicia negociaciones para expropiar a la United Fruit y controlar a las transnacionales petroleras. Por esta época, la producción de petróleo en el Ecuador entra de lleno en el terreno del absurdo. De ser un país exportador (la Anglo opera en la costa desde tiempos inmemoriales), el Ecuador

¡Novedades editoriales!

Encuentre su tema preferido



60,- Ptas.



80,- Ptas.



75,- Ptas.



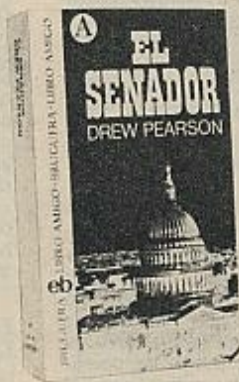
100,- Ptas.



60,- Ptas.



100,- Ptas.



120,- Ptas.



80,- Ptas.



60,- Ptas.



100,- Ptas.



120,- Ptas.



100,- Ptas.



60,- Ptas.



60,- Ptas.



80,- Ptas.



100,- Ptas.



120,- Ptas.



60,- Ptas.



60,- Ptas.

Ahora, Editorial Bruguera le ofrece su colección de Libros de Bolsillo, con más de 600 títulos para que usted, pueda buscar y encontrar fácilmente, el tema y el autor de su preferencia... ¡Ah! y desde 40 ptas.

Libros de Bolsillo Bruguera.
Un amigo de su bolsillo.

BRUGUERA
edita para usted

pasa a ser en 1958 un país importador. Pero no por falta de petróleo, sino porque los pozos del Oriente permanecen sellados. "Brindo por el pueblo de los Estados Unidos, no por los gobiernos que nos explotan", dice el presidente en presencia del embajador norteamericano con ocasión de un banquete. Al día siguiente es derrocado por un gobierno militar. Durante tres años, la Junta controlará el país paliando en entreguismo a todos los gobiernos precedentes.

Ahora le toca el turno a la Texaco-Gulf, consorcio formado en 1964 por dos de las compañías petroleras más poderosas del mundo. Este consorcio recibe de manos de los militares un millón y medio de hectáreas en las proximidades de la frontera colombiana. Y ello a pesar de que la propia Junta había prohibido otorgar concesiones de más de 250.000 hectáreas.

Pero detengámonos en las condiciones del contrato, porque constituyen un verdadero monumento a la entrega y el tributo colonial. Se establece un período de explotación de cinco años, prorrogable por tres años más. El período de explotación asciende a los cuarenta años, con una prórroga posible de diez más. Sumadas todas estas cifras, el Ecuador no podría disponer de sus recursos petrolíferos hasta el año 2022. Pero todavía hay más. El porcentaje de la producción que corresponde al país en concepto de regalías se eleva a un 6 por 100, ocho veces menos que lo que obtiene el más explotado de los emiratos árabes. Y sigue la lista de concesiones: exoneración de todo tipo de impuestos durante el período exploratorio y los primeros veinte años de explotación; liberación de derechos aduaneros para los bienes de equipo que se utilicen en la producción... En fin, "la compañía tendrá el derecho, no la obligación, de construir oleoductos y refinerías".

Por este magnífico regalo, la Texaco y la Gulf abonaron, en concepto de derechos y anticipos, diez millones de dólares. ¡Diez millones por millón y medio de hectáreas! Unos años más tarde, Alaska obtendría 900 millones de dólares por sólo 182.000 hectáreas.

Sin embargo, la Junta cayó. Y subió al poder Otto Arosamena. Pero la carrera entregulista no se detuvo, sino que adquirió un ritmo frenético. El consorcio ADA (léase, una vez más, Standard Oil de Nueva Jersey) consigue, tras turbios manejos con testaferros ecuatorianos, una concesión de más de un millón de hectáreas en el golfo de Guayaquil, donde, según los expertos, se acumulan fantásticas reservas de gas natural. Al mismo tiempo, cuatro millones de hectáreas en el Oriente pasan a manos de distintas compañías, la mayoría controladas por Anglo (BP). A veces parece como si hubiera menos territorio en el país que el entregado a las transnacionales. Pero es que las concesiones pasan de mano en mano, como una pelota de baloncesto. Entre la Standard, la BP, la Gulf y la Texa-

co, con el concurso de otras compañías menores, se van repartiendo el botín mediante sucesivos reajustes. En 1969, Velasco Ibarra quita 900.000 hectáreas a la Texaco-Gulf... y las entrega a la OKC, la Cayman y la Amoco (Standard Oil de Indiana). En 1971, las concesiones suman un total de 102.000 kilómetros cuadrados, más de la tercera parte del Ecuador y el cuádruple del territorio venezolano en poder de las transnacionales. Al año siguiente, sin embargo, la situación cambiaría notablemente.

LOS MILITARES Y EL PETROLEO

Muchos de estos datos, incluidas las citas que de vez en cuando se han intercalado en el texto, han sido extraídos de un libro, "El festín del petróleo", cuyo autor, Jaime Galarza, se halla recluido en prisión. Se le acusa de terrorismo, pero la verdadera razón de su encierro resulta evidente. Las transnacionales y sus agentes autóctonos no perdonan a quien revela sus secretos. Para ello acuden a cualquier método. La historia del petróleo está salpicada de golpes militares, guerras, asesinatos y todo tipo de crímenes. Las guerras de Argelia, Biafra y el Chaco, el

conflicto armado entre el Perú (Standard Oil) y el Ecuador (Shell), los golpes sangrientos de Irán e Indonesia, el propio suicidio de Getulio Vargas, por citar sólo los hechos más relevantes (hay quien dice que la misma guerra de Vietnam tiene una derivación petrolera), fueron el resultado de la pugna entablada entre las compañías por ganarse zonas de influencia y de las luchas de los pueblos por arrebatarlas.

El 15 de febrero de 1972, los militares toman el poder en el Ecuador. La autodenominada "Revolución Nacionalista" inició a partir de aquella fecha una ambigua serie de reformas, que sólo asumieron un cariz decididamente nacionalista en materia petrolera.

Todos los contratos vigentes fueron revisados. Y gran parte del Oriente, junto con el golfo de Guayaquil, volvió a manos ecuatorianas. Hoy sólo operan en la selva cuatro consorcios: la Texaco-Gulf, la Anglo, la Cayman y la OKC. Sus concesiones totalizan un millón trescientas mil hectáreas, cifra considerable en términos absolutos, pero muy exigua si se la compara a los diez millones de antaño.

En la costa sigue vigente el contrato con la Anglo (unas 30.000 hectáreas). En cuanto al golfo,

anuladas las fraudulentas concesiones otorgadas al consorcio ADA, el Estado ha convocado un concurso.

No obstante, para calificar a unas medidas de nacionalistas, no hay que fijarse tanto en el tamaño de las concesiones cuanto en las condiciones de los contratos y en el grado de control que el Estado (ya que no el pueblo) ejerce sobre las explotaciones. Y en este apartado también los militares (o, mejor, cierto sector de los militares) realizaron sustanciosas modificaciones. Actualmente, los contratos en vigor se rigen por las siguientes premisas: cinco años de exploración improrrogables; veinte años de explotación, prorrogables por diez años más; regalía del 12,5 al 16,5 por 100, según producción; impuesto de exportación: 15 por 100 sobre el valor del precio de referencia; impuesto de renta: 46 por 100 sobre las utilidades.

Pero los problemas del Ecuador no se reducen a sus concesiones entregulistas. País exportador de petróleo, tenía —y tiene— que importar gasolina y demás productos refinados. Las refinerías de la Anglo y la Gulf en la península de Santa Elena son insuficientes para abastecer las necesidades del país. Ambas compañías —que además controlan la distribución de gasoli-



Con el huasipungo han desaparecido también infinidad de pequeños propietarios, expulsados de sus tierras por una reforma agraria capitalista, de signo desarrollista y tecnocrático.

Así están los pelos de tu barba por la mañana: doblados, revueltos, retorcidos.

Pero bastan unas gotas de Lectric Shave para que los poros de la piel se contraigan y los pelos se pongan derechos.

Entonces, tu afeitadora puede cortarlos suavemente, de una sola pasada y a ras de piel.



Lectric Shave pone los pelos de punta para que tu afeitadora los corte de raíz.

Por muy buena que sea tu afeitadora, no puedes pedirle milagros.

Durante la noche — debido al sudor, al roce de la almohada y de las sábanas, a veces por el cansancio natural de la piel — los pelos de la barba crecen en desorden, y así tú (y tu afeitadora) os los encontráis por la mañana.

Un poco de Lectric Shave Williams arregla las cosas.

Lectric Shave Williams, por su acción astringente, cierra los poros de la piel, levantando y enderezando (como un peine) los pelos, incluso en los puntos más críticos: mentón, debajo de la nariz y cuello.

Al mismo tiempo, Lectric Shave lubrica tu piel y las cuchillas de la afeitadora, de forma que ésta se desliza fácilmente sobre tu cara sin irritarla, y corta, de una vez y a fondo, todos los pelos para que el apurado te dure — realmente — desde la mañana hasta la noche.

Si compras Lectric Shave Williams hoy, podréis comprobarlo mañana.

¿O estás solo, mañana por la noche?

Lectric Shave Williams. ¡Arriba los pelos!



na en todo el territorio nacional—han boicoteado durante muchos años el proyecto de construcción de una gran refinería en el Norte del país. Es la política de siempre: dividir a los países en productores y refinadores para dificultar las nacionalizaciones y obtener grandes beneficios con la comercialización de los productos. No obstante, estas compañías han recibido un duro golpe hace unos meses, cuando el gobierno anunció que en dos años la distribución de gasolina correría totalmente por cuenta del Estado. Por otra parte, la compañía japonesa Sumitomo va a iniciar en breve plazo la construcción de la refinería en Esmeraldas.

El artífice de esta política nacionalista en materia petrolera es—o, mejor, fue—Jarrín Ampudia, hasta hace poco ministro de Recursos Naturales y exponente del sector progresista de las Fuerzas Armadas. Este sector se apuntó un resonante éxito en junio de 1973, cuando Ecuador entró a formar parte de la OPEP. Otra de sus grandes realizaciones ha sido el fortalecimiento de CEPE (Compañía Ecuatoriana de Petróleos, estatal), que actualmente posee el 25 por 100 de las acciones de la Texaco-Gulf, único consorcio que hasta la fecha extrae petróleo en el Oriente. El objetivo de esta política es llegar a controlar el 51 por 100 de todo el petróleo producido en el país.

Pero Jarrín Ampudia acaba de ser destituido. Según un portavoz del gobierno, se trata de "un mero cambio rutinario, basado en leyes militares". El mismo portavoz añadió que la política petrolera "permanecería inalterable", pues el éxito de esta política "se debe a todo el gobierno y no a una sola persona". Sin embargo, es muy significativo que este "cambio rutinario" se produzca pocos días después de las amenazas lanzadas por Ford y Kissinger contra la OPEP, organización de la que Jarrín Ampudia—nueva coincidencia—era presidente. Cambio rutinario o resultado de presiones foráneas, lo cierto es que la caída en desgracia de Jarrín, como apunta Alejandro Román en el "Expres" de Guayaquil (14 de octubre de 1974), "puede significar una nueva escalada de la tendencia fascista dentro del gobierno y el desmantelamiento del grupo reformista. ¿No es extraño que en la última remecida ministerial sólo hayan caído los ministros Rodríguez y Jarrín, considerados como partidarios del nacionalismo y el reformismo?". Los próximos meses nos dirán si esta tendencia—cuando menos derechista—termina o no por consolidarse. Caso de hacerlo, es muy posible que la política petrolera cambie de signo y reaparezca la euforia entreguista de los años sesenta bajo los auspicios de una rígida dictadura petrolera.

EL REPARTO DEL BOTÍN: INDUSTRIALIZACIÓN O DESPILFARRO

La historia del Ecuador, como la de toda Latinoamérica, está llena

de "booms": cascarilla, caucho, cacao, banana... "Booms" repentinos, vertiginosos, que originaron cuantiosas ganancias, pero que se desvanecieron con la misma rapidez y violencia de su irrupción. De estos "booms", poco se benefició el pueblo. Como máximo, en los momentos de mayor esplendor, tuvo más posibilidades de trabajar,

despilfarro o se ha iniciado un serio programa de industrialización, que, por un lado, sienta las bases de una verdadera independencia política y económica, y, por el otro, resuelva los graves problemas sociales y estructurales que aquejan al país. En pocas palabras: ¿a quién beneficia el petróleo?

En primer lugar, beneficia a los

residenciales de Quito tienen todo el aspecto de una ciudad norteamericana. En el mercado de Otavalo, una misionera evangelista—rubia, sonriente, higiénica—distribuye entre indios analfabetos libros religiosos con la voz de Dios (del dios de los blancos, se entiende, porque el dios de los indios se apagó hace ya mucho tiempo). Y no sólo libros religiosos. También distribuye "comics" e historietas con verdaderos delirios anticomunistas: un joven Superman del Norte se arroja a la peligrosísima aventura de vender Biblias por los países socialistas. Protegido por la divinidad, salva todo tipo de obstáculos y se enfrenta con éxito a las fuerzas demoníacas. Para estas historietas, la guerra fría no ha terminado. Pero, a veces, el peligro no viene tanto de esos países lejanos y terribles como de los viejos héroes ecuatorianos, cuyo recuerdo sobrevive en la memoria popular y en los libros de historia. En algunos programas de educación, bajo supervisión norteamericana, se ha suprimido toda referencia a Rumiñahui, jefe de la resistencia indígena contra el invasor español. Y es que el ejemplo podría cundir.

Transnacionales operando en el Oriente, inversiones extranjeras en la industria, penetración ideológica norteamericana... Si puede hablarse de desarrollo, se trata en todo caso de un desarrollo dependiente. Como dice Jaime Galarza, "el tibio sueño de una burguesía nacional, opuesta al imperialismo, es sustituido por la helada realidad de una burguesía fundida completamente a los intereses de las metrópolis neocoloniales".

A pesar de sus pinitos industriales, la burguesía ecuatoriana (y concretamente la quiteña, máxima beneficiaria del "boom" petrolero) invierte la mayoría de sus excedentes en la construcción. Pero no en la construcción de viviendas populares, escuelas y hospitales, sino en la construcción de mansiones fastuosas y grandes urbanizaciones para sí misma. La sombra del despilfarro parece cernirse una vez más sobre el espejismo de la prosperidad. Y con el despilfarro, proliferan las importaciones de objetos suntuosos, verdadera sangría de divisas para el país.

Sobre el campo llueven los créditos, otorgados con largueza por el Banco de Fomento. Pero ello no hace sino fortalecer a una burguesía terrateniente, que poco a poco va adoptando modos de comportamiento capitalistas.

Y mientras, el pueblo, expulsado del campo por una reforma agraria de signo desarrollista, se ve obligado a emigrar a la ciudad para vender su fuerza de trabajo a los contratistas de obras, y contribuir así a la edificación de casas lujosas y grandes fortunas. Poco pueden esperar los trabajadores de los militares. La "Revolución Nacionalista", como me dijo alguien en Cuenca, se ha limitado a poner un parche al viejo sistema de explotación. Se ha recuperado parte del petróleo, sí, pero el pueblo sigue sin saborear ni las migajas del festín. ■ C. T.



La burguesía ecuatoriana (y concretamente la quiteña, máxima beneficiaria del "boom" petrolero) invierte la mayoría de sus excedentes en la construcción.

aunque siempre a cambio de un mísero salario y de la explotación más inaudita. Y al final de cada ciclo, marcado eternamente por la dicotomía acumulación-despilfarro, ese mismo pueblo tuvo que emigrar a la ciudad para alistarse como conscripto en los batallones de un enorme Ejército de Reserva, eternamente disponible para cualquier eventualidad.

Ahora le ha tocado el turno al petróleo. Pero en esta ocasión, pocos puestos de trabajo ofrece el "boom" de turno, surgido en plena era de la automatización. La Texaco-Gulf, por ejemplo, emplea para extraer 210.000 barriles de crudo diarios y transportarlos a lo largo de 503 kilómetros hasta Esmeraldas menos de 1.000 obreros. Y, sin embargo, no es este el problema fundamental. Lo que hay que analizar es en qué se utilizan los excedentes que produce el petróleo. Es decir, si se repite el viejo esquema de acumulación-

propios militares. Las Fuerzas Armadas se quedan nada menos que con el 50 por 100 de las regalías. En Ecuador se da el hecho curioso de un Ejército metido a empresario. Las firmas Tame, Ecuatoriana de Aviación, Transnave, etcétera, no son propiedad del Estado, sino de las Fuerzas Armadas como institución.

Por otra parte, se han instalado algunas industrias subsidiarias del petróleo (tubos para oleoductos, por ejemplo) y otras destinadas al consumo (textil, alimentación, plásticos, montaje de vehículos). Pero, en general, se trata de empresas mixtas: capital ecuatoriano (originario del campo) asociado a capital extranjero. Los Bancos norteamericanos son quizá la fuente principal de inversión. Y con los Bancos han penetrado en el Ecuador batallones de ejecutivos, técnicos y misioneros, quienes propagan por todo el territorio la ideología imperial. Los barrios